



La República en vilo

Jaime Augusto Shelley

SE DICE QUE, al estallar la revolución de independencia, poblaban el territorio virreinal de la Nueva España seis millones de habitantes, de los cuales 20,000 eran españoles, entre un millón de criollos, y el resto, castas: mestizos, mulatos, zambos, pardos e indios de diversas etnias (Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*).

Al establecer los términos de la nueva República, dos corrientes iniciaron una pugna que se prolongaría por casi un siglo: el modelo centralista europeo (conservadores) y el federal, a imitación de Estados Unidos (liberales). Triunfó en teoría el federalismo, pero la realidad obligó a mantener el centralismo en la práctica, con estructuras de poder caciquiles, a pesar de los continuos cambios de gobierno.

En el proemio del libro *Los Contemporáneos ayer*, Guillermo Sheridan nos lleva a recorrer breve pero sustancialmente nuestro país en su circunstancia social; corría el año de 1921: “Cuando Jaime Torres Bodet fue a Bucher Bros, a alquilar el frac, la ciudad de México tenía cerca de 700 mil habitantes y el país todo un poco más de 14 millones. Cuando se terminó de probar el atuendo [...] un 70% de esos 14 millones era de analfabetos [...]. Un 30% de aquellos 14 millones podían considerarse ‘obreros’, mientras que los demás dependían para su subsistencia de las ‘labores agrícolas’. [...] Un 0.1% de esos 14 millones controlaba cerca de 80% del dinero que producía el país”. Los datos son impresionantes, aunque habría que corregir un pequeño detalle: no eran analfabetos, sino que esa mayoritaria población vivía en un entorno cultural, social y económico completamente distinto del que existía en los enclaves urbanos de origen criollo y mestizo, ya aculturados. Esa inmensa muchedumbre dispersa por todo el territorio “nacional” estaba integrada en comunidades indígenas con regímenes de propiedad comunal casi siempre sin afanes de lucro capitalista y sin enterarse siquiera quién era el presidente en turno ni qué quería decir México.

Repúblicas de indios se les denominó en la era colonial. Autónomas, con idiomas y culturas múltiples y diversas. Y así sería hasta esos días de septiembre de 1821, fecha en que se celebraba el triunfo de la independencia del yugo español.

Escapar del dominio español significó, en realidad, caer en el yugo criollo que de inmediato tomó posesión del aparato arrebatado a los españoles. Y dejaron todo igual. (Recoge un historiador, creo que García Cantú, perdonen mi omisión, que en una de las reuniones del Constituyente, allá en Toluca, alguien sacó a colación el tema de los indios. “Y ¿cómo los vamos a llamar?” Se produjo un silencio embarazoso y prolongado en el recinto. Finalmente alguien gritó: “no los vamos a llamar de ninguna manera”. Y así se resolvió el asunto.)


El espíritu patrimonialista heredado propició en los criollos ansias de obtener tierras y beneficios de mano de obra cautiva, los cuales redituaban rentas lo bastante altas como para darles a sus propietarios una vida de lujo en las ciudades y viajes de placer al extranjero, dejando el cuidado de sus propiedades a sus servidores. Entonces, ¿quiénes se encargaron, casi por completo, del desarrollo económico del país?

Al desaparecer la terminante prohibición de comercio plural que daba un virtual monopolio a la Corona española en todas sus colonias con el establecimiento de cuotas a productos y materias primas elaboradas por ellas, los ingleses, franceses, alemanes y estadounidenses vieron la oportunidad de absorber esos mercados. El comercio, la industria de extracción y la producción de determinados bienes agrícolas brindaron enormes ganancias a los inversionistas extranjeros que disputaron el control de la plaza, con guerras y sublevaciones de por medio, cuestión que se prolongó por muchos decenios. Caen Porfirio Díaz, Madero, Huerta, Carranza, Obregón por el afán de las petroleras de obtener las concesiones libres de todo gravamen. ¡Y se les pedían centavos por los derechos! Su punto culminante: los Tratados de Bucareli y la lucha por el control de la floreciente industria petrolera. La intransigencia de las compañías petroleras termina con la Segunda Guerra Mundial. Aprovechando la coyuntura política internacional, el presidente Cárdenas pacta con Roosevelt y Estados Unidos puede asegurar los suministros de materias primas que habrá de necesitar

desesperadamente en los años siguientes, incluido el petróleo. En el sexenio de Ávila Camacho, las arcas de la Hacienda mexicana rebosan de billetes verdes. Cuando el “cachorro de la Revolución”, Miguel Alemán, toma posesión, todo habrá de sufrir una gran transformación. Se elaboran grandes y costosos proyectos de creación de infraestructura hidráulica, urbanística y carretera, se ataca silenciosa pero sistemáticamente la propiedad comunal, sustituyendo gradualmente la producción ejidal (básicamente de autoconsumo) por agroindustrias de exportación. La red de comunicaciones abate poco a poco el aislamiento de ciertas regiones del país, forzándolas a una integración capitalista de formulación más agresiva.

¡Un nuevo México entra a la palestra! Nuevas fortunas cubren las páginas de sociales en los diarios. Grandes residencias se construyen en nuevas colonias como el Pedregal de San Ángel y Ciudad Satélite. Nueva autopista a Acapulco, puerto donde compran residencias celebridades mundiales y que deviene lugar de esparcimiento favorito de los capitalinos. Todo, se dice, propiedad de Alemán. La gran rebatinga entre políticos y empresarios ha empezado. Habrá que esperar algunos años para que acaben siendo los mismos.

Y la República ¿cuándo, dónde quedó?

Hablemos entonces de “democracia” (ja-ja-já). 

Fotografías: Alejandro Arteaga

